



EL LAICO EN LA IGLESIA

3ª Ponencia del XV EFCSM 2021

Ricardo Aldana

Siervo de Jesús, teólogo.

© 2021. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Cinco expresiones paradójicas sobre el laico y la Iglesia de Hans Urs von Balthasar

En su libro *El estado cristiano de vida*, al que hemos recurrido como fuente principal en este encuentro, Hans Urs von Balthasar ha querido mostrar teológicamente la diversidad de estados de vida en la Iglesia a partir del único estado cristiano de vida determinado por el amor a Dios y al prójimo, amor en el que hemos sido creados y al que estamos destinados, y que constituye el mandamiento principal para todos los cristianos.

Se trata siempre de la condición cristiana, que ha de ser vivida en distintas formas estables, o estados de vida, de la existencia cristiana. Si los diferentes estados «están uno frente al otro y se complementan»¹, es porque «la fructuosa oposición de los estados en la Iglesia, que por una parte remiten uno al otro (y por eso siempre pueden reclamar el primado para sí según distintos aspectos), y por otra parte permiten determinadas supraordinaciones y subordinaciones que, bajo anatema, no se pueden negar (DS 1810), remite finalmente al misterio de la Iglesia»².

Esto tiene su origen en la libertad de los actos por los que Jesucristo ha fundado la Iglesia. En efecto,

«Jesucristo, para garantizar la unidad de su comunidad, realizó, con la llamada de los doce y con la exigencia de un seguimiento radical, una primera separación, en la que el momento personal, es decir, la decisión de compartir la vida de Él, era el momento decisivo, mientras que el momento de lo ministerial (de lo «sacerdotal» como aparece en la Iglesia posteriormente, como contradistinto del laicado) sólo hace su aparición en un segundo tiempo, a partir del primero. En esta afirmación reside un presupuesto fundamental del curso de toda nuestra argumentación»³.

En fin, el estudio de Balthasar es «una reflexión sobre lo único necesario, por medio de la inexorable presentación simple y objetiva de la [Iglesia como] *structura amoris*»⁴. Ahora, en esta presentación del pensamiento de nuestro teólogo, queremos referirnos al laicado en la integración a esta estructura del amor. Y lo hacemos a partir de cinco ideas que se nos presentan de entrada como paradojas, en las que puede resonar una crítica acompañada de buen humor.

1. Los laicos inventaron el clericalismo, o cómo ha de encontrarse el laico con la Iglesia

Evocamos esta primera palabra de Hans Urs von Balthasar, advirtiendo que no se queda en una mera crítica del laicado, sino que es una invitación a encontrarse con la Iglesia viviendo su misterio. La expresión aparece a propósito de lo sucedido en el Monte Sinaí entre Dios, el pueblo de Israel que ha salido de Egipto y Moisés. La Alianza entre Yahvé e Israel, siendo iniciativa unilateral de Dios, funda una bilateral relación Yo-Tú entre los partners de la Alianza. Pero

¹ *Christlicher Stand*, Johannes Verlag Einsiedeln 1981², Einsiedeln, 8.

² *Ibid.*, 11.

³ *Ibid.*, 8.

⁴ *Ibid.*, 14.

«Israel no será capaz de soportar, a la larga, este Yo-Tú. Quebrantará la Alianza. Lo que originalmente se había querido, según de la presentación del Deuteronomio, se desplaza desde el principio hacia Moisés, representante del Pueblo. La voz de Dios es para el pueblo demasiado oscilante, demasiado peligrosa, el mediador es interpuesto como rompe olas: “Acércate tú a oír todo lo que diga Yahveh nuestro Dios, y luego nos dirás todo lo que Yahveh nuestro Dios te haya dicho; nosotros lo escucharemos y lo pondremos en práctica” (Dt 5, 27). El clericalismo es una invención de los laicos»⁵.

La relación de los laicos con la Iglesia tiene que evitar este primer malentendido, propio de una religiosidad que no se hace cargo personalmente de la Alianza, de la relación Yo-Tú con Dios, es decir, que no se deja guiar por la fe personal en la convocación de Dios, y por eso recurre al mediador y le pide que se entienda con Él. Buscar una mediación de la Iglesia que nos evite estar ante Dios y responder a Él directamente mediante la fe en Jesucristo, sería esa invención del clericalismo, que considera a los sacerdotes algo así como “profesionales” de las cosas de Dios, que nos pueden arreglar las cosas con Él mediante el reconocimiento de sus servicios.

La proximidad, la inmediatez de Dios, requiere el don de la fe y el amor, y solo se puede responder a esa inmediatez en esperanza, pues nadie puede asegurar que responde adecuadamente, que responde según la gracia de Dios. En esperanza significa que nuestro intento de respuesta no se funda en nosotros mismos, sino en el Dios que nos pide Alianza y al que respondemos personalmente y comunitariamente, lo que significa que la Iglesia responde por nosotros, pero también que cada uno representa a la Iglesia que responde.

La inmediatez de la relación con Dios no excluye, por tanto, la mediación eclesial, como los israelitas necesitaban la mediación de Moisés y de la fe de los padres que les precedían, la fe de Abraham, Isaac y Jacob que seguía viva de algún modo en Israel.

Más precisamente, para un cristiano que quiere vivir de fe en la Palabra divina, la Iglesia aparece no como sustitución de Dios, sino como el verdadero sujeto creyente en el que apoyamos nuestra fe personal. Yo creo porque alguien, antes que yo, ya ha creído y cree y yo puedo creer solo apoyado en esa fe.

En un breve escrito de Hans Urs von Balthasar encontramos descrito el camino desde la búsqueda personal de Dios en la que surge la Iglesia como necesaria para creer en Él. El autor imagina un diálogo con un joven que se pregunta “Qué tiene que ver la Iglesia con mi fe”⁶. El diálogo tiene lugar en cuatro etapas: primero, la cuestión es si la religión es cosa de cada uno, algo privado; en el encuentro entre el joven y aquel a quien pregunta se ve que no puede haber una pregunta religiosa auténtica que sea puramente cuestión privada. En la segunda etapa, el joven ha fundado con sus amigos un círculo de lectura de la Biblia, cuyas reuniones dan lugar a descubrimientos luminosos, pero también a discusiones y problemas sin resolver; el diálogo lleva a aceptar que la Biblia misma ha requerido la existencia de una Iglesia para ser escrita; la redacción de los Evangelios, concretamente, ha supuesto tres cosas: una comunidad que conservara viva la memoria de los hechos y dichos de Jesús de Nazaret, un encargo recibido por el escritor, cuyo evangelio es recibido como documento de la comunidad, y una comprensión interior de lo que se relata en ese documento.

⁵ *Herrlichkeit III II 1. Alter Bund*, Johannes Verlag Einsiedeln, Trier² 1989, 146.

⁶ En *Die Antwort des Glaubens*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg 2005, 31-53.

Así pues, la Palabra es inseparable de la Iglesia. En fin, el joven es invitado a buscar ayuda de alguien que pueda hacer presente en el círculo de lectores esas tres cosas: la Escritura, la comunidad que se interesa y la comprensión interior. En la tercera etapa del diálogo, el joven declara que han encontrado un “pastor”, sin decir de qué confesión (estamos en un ambiente donde hay protestantes y católicos), y resulta un buen representante de la Iglesia, la cual «ayuda a entender no tanto dándoos lecciones sino porque recorre con vosotros el camino, ciertamente dotada con una luz que se le ha dado, la cual recoge en sí todo lo que vosotros habéis encontrado, de modo que en la luz de la Iglesia reconocéis también lo vuestro y algo más»⁷. Los jóvenes se han comprometido en voluntariados de caridad y se encuentran contentos. Pero hay todavía una dificultad: el joven es puesto ante el hecho de que ellos corren el riesgo de constituirse en jueces de lo que es auténtico y lo que no. ¿Cómo pueden estar seguros de que no están poniendo al Evangelio la medida de su buena voluntad de jóvenes generosos y orantes? ¿Cómo pueden saber que realmente siguen el mensaje de Jesús, que es la salvación de todos? ¿No están haciendo todavía de sus descubrimientos una religión privada, según su propio criterio?

El cuarto paso es el decisivo y luminoso para nuestra cuestión de cómo se presenta la Iglesia a la fe del creyente particular. El joven ha aceptado humildemente la corrección y la advertencia. Pero todavía tiene la pregunta de si es necesario tanto aparato eclesial de magisterio y gobierno y culto para creer en Jesucristo. En el diálogo se va haciendo claro que decir *yo creo* es posible solo como un *nosotros creemos*, de modo que orar a puerta cerrada en la propia habitación, como pide Jesús en el Sermón de la Montaña, no se opone a orar en el templo con los demás cristianos. Lo personal de la fe y la oración no se opone a lo comunitario de la fe y la oración, al contrario, «ambas cosas se exigen recíprocamente»⁸. Más aun, la «mediación eclesial y la inmediatez personal en la relación con Dios se dan inseparablemente juntas»⁹. El perdón de mis pecados, por ejemplo, tiene lugar cuando pido personalmente perdón a Dios, pero ninguno se atrevería a decir “yo te absuelvo de tus pecados” si no tuviera un encargo especial para ello, con una autoridad que me orienta hacia un nuevo comienzo en la misión cristiana, dejando decididamente todo lo anterior, porque soy confirmado en la caridad eclesial. Y la Eucaristía: se podrían organizar un recuerdo de la cena del Señor, pero, ¿quién aseguraría que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor sin un poder no personal, sino ministerial, para ello? La Iglesia ha sido llamada “madre nuestra” por la tradición. Y también hoy sabemos que la fe de unos se apoya en la de otros, de modo que todos nos edificamos recíprocamente, si queremos, y así contribuimos a edificar la Iglesia.

Una última cuestión es la de la crítica. ¿Puede uno criticar lo que ve mal en la Iglesia? Sí, se responde al joven, siempre que el que critica no lo haga desde fuera, sino que se vea solidario con lo que critica, pues «cuando uno sufre, todos los miembros sufren» (1 Cor 12, 26). Hay un Cuerpo de Cristo, de modo que «el que critica no se puede sentir mejor que los que critica». Además, «si me rijo no por un espíritu privado sino por un espíritu común eclesial no presentaré mis quejas sino donde hay esperanza de que pueda encontrarse ayuda»¹⁰.

Así pues, «cuanto más profundamente vivimos dentro de la causa de Jesús y nos comprometemos con ella, más profundamente somos conscientes de que hemos de agradecer por todo, y ciertamente a Jesús y también a la Iglesia, sin que nos permitamos separarlos: “Cabeza” y “Cuerpo”, “Esposo” y “Esposa”, son uno»¹¹.

⁷ Ibid., 41.

⁸ Ibid., 46.

⁹ Ibid., 48.

¹⁰ Ibid., 52.

¹¹ Ibid., 53.

En conclusión, la religión personal es lo contrario de una religión privada, y, más aún, cuanto más personal es la religión tanto más abierta es hacia la comunión. Así corresponde al misterio más íntimo de Dios: El Hijo, el Padre, el Espíritu Santo son personas inconfundibles en la unidad de Dios, pero lo son solo en virtud del eterno intercambio del amor entre ellos»¹².

Según este diálogo, la Iglesia es para el cristiano no en primer lugar el estamento sacerdotal. En una página más teológica de nuestro autor encontramos una definición muy precisa de lo que significa la Iglesia para cada creyente: Ella es la que nos antecede en la fe, la que da la respuesta exacta, la que Dios necesita, a la Palabra de la Revelación, pues «la respuesta viviente del amor desde el espíritu humano sólo puede existir, tal como es producida por la gracia del amor de Dios: es la respuesta de la “Esposa” que en la gracia exclama “ven” (Apoc 22, 17) y “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38) ... Al hacer divino tiene que corresponder un dejar-hacer (fiat) originariamente creatural: un sponsal dejar-hacer al Esposo, pero de manera que la esposa sea pura a partir del Esposo»¹³.

Así pues, en primer lugar, la Iglesia es la Esposa reconocible no solo en el cielo cuando clama “ven Señor Jesús”, sino ya en la tierra, en María, que dice “hágase en mí según tu palabra”. María nos antecede en la fe (“Bienaventurada tú, que has creído”), y en ella nos antecede la Iglesia, porque ella dice sí a nombre de todos.

Puesto que María y la Iglesia son inseparables, pero no se identifican simplemente, nuestro teólogo precisa más todavía, enumerando las instancias en las que la Esposa de Jesucristo es reconocible. En primer lugar, la Iglesia en su totalidad sponsal; en segundo lugar, «la Madre-Esposa María, como el lugar en el que, en el núcleo de la Iglesia, está el *fiat* de la respuesta y la acogida real»¹⁴; en tercer lugar, en la Biblia, porque ella contiene no solo la palabra de Dios sino también la respuesta perfecta de fe a esa palabra (como dice San Agustín, en la Escritura resuena la voz del Esposo y también la voz de la Esposa); en cuarto lugar, el anuncio vivo y siempre actual, que requiere la autoridad apostólica del ministerio jerárquico, para indicar la norma de la fe y del culto, también por voluntad del Señor.

Aquí, en este cuarto momento de la sponsalidad de la Iglesia, encontramos a la jerarquía sacerdotal católica. No es prescindible, pero es solo comprensible en este cuarto lugar. Estos elementos son los que, de otra manera, contiene la definición de la Iglesia que da San Ignacio de Loyola al cristiano que hace los Ejercicios Espirituales: «la verdadera Esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica» [Ej 353]. Esposa para el Señor, Madre para nosotros, jerárquica para permanecer en estas funciones.

2. Más fundamental que una acción católica es una contemplación católica, o cómo vivir de la palabra de Dios

La Acción Católica se definía como la participación de los laicos en el apostolado de la jerarquía católica. Si como organización del apostolado de los seglares, la Acción Católica no parece actualmente muy en boga, como esquema de apostolado, me parece, se sigue repitiendo en movimientos y grupos, también, paradójicamente, en algunos que explícitamente se quieren distinguir de ella. En efecto, ¿no sigue siendo para muchos grupos una orientación fundamental la

¹² Ibid.

¹³ *Glaubhaft ist nur Liebe*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg⁶ 2000, 50-51.

¹⁴ Ibid.

colaboración con las obras de los Obispos, de modo que los laicos se asocian a ellas para vivir su apostolado cristiano?

Hans Urs von Balthasar lleva la cuestión, como es habitual en su pensamiento, a un plano fundamental: «¿Se ha reflexionado suficientemente que dentro de la Iglesia acción y contemplación, y en otro sentido, acción y pasión, son conceptos correlativos? ¿Que un más en acción exige una más en contemplación y en pasión? ¿Que una “acción católica” es posible solo a partir de una más profunda “contemplación católica”? Esta es una idea primordial en el catolicismo, como cuando Teresa de Ávila erigió el nuevo Carmelo como primer baluarte contra la desgracia de la división de la fe»¹⁵.

Si, como hemos dicho, el laico, como todo cristiano, encuentra en la Iglesia no solo y no en primer lugar la jerarquía eclesiástica que pueda aprovechar sus energías como cristiano, sino el misterio de la fe viva en Jesucristo que le permite a él creer, esperar y amar con todos los hermanos, la “contemplación católica” es la primera actitud que puede orientar su actividad, antes que cualquier organización de apostolado.

Una página densa y profunda sobre la oración contemplativa personal y la oración litúrgica comunitaria puede ilustrar lo que decimos. En efecto, la comunión sacramental requiere una previa y posterior comunión espiritual con el Señor en su Palabra, entendiendo aquí por comunión espiritual no solo una fórmula de oración, sino precisamente lo que tiene fórmulas, la comunión de la fe con la Revelación divina:

«El laico que diariamente se ejercita en la oración contemplativa, puede también -y esto en medio del mundo- mantenerse en un espíritu de sensibilidad litúrgica y en una auténtica trascendencia. Él podrá hacerlo tanto más fácilmente cuanto más se acuerde de hasta qué punto contemplación y liturgia se relacionan. Tal vez no puede ir a la Santa Misa todos los días, pero, en el espíritu de la Iglesia, puede dejar que este componente de la liturgia cristiana, como componente real del espíritu eclesial, se convierta en un acontecimiento en su contemplación: como comunión espiritual con Cristo, Palabra de Dios. Porque la comunión espiritual no es de ninguna manera un mero acto de nostalgia de la recepción del Señor en las especies sacramentales; más profundo y auténtico que esto, la comunión espiritual es el acto de oración de la fe viva e inteligente que comulga con Cristo, la eterna y viviente Verdad, entra en comunicación y comunión viva con Él. Esta comunión es evidentemente una comunión neotestamentaria; no es hacer abstracción propia del Antiguo Testamento, de la encarnación de la Palabra, un retroceso al estado pre-incarnatorio de la historia de la salvación. Es más bien un verdadero encuentro en la Palabra con Cristo entero, y esto precisamente en la medida en que el encuentro con la Palabra en la liturgia eclesial (como por lo demás ya en el trato originario de los discípulos con el Señor) es el acceso y la entrada en el misterio sacramental. Y esto en una continuidad, que en Juan, por ejemplo, se hace una y otra vez visible, donde el discurso de promesa del Señor pasa, sin solución de continuidad que se pueda fijar, de Cristo como el pan para la fe (“todo el que ve al Hijo y cree en Él, tiene la vida eterna, y yo los resucitaré en el último día” 6, 40) al pan eucarístico (“El que come de este pan vivirá para siempre. Pero el pan que daré es mi carne para la vida del mundo” 6, 51).

¹⁵ *Gottbereitesleben. Der Laie und der Rätstand. Nachfolge Christi in der heutigen Welt*, Joannes Verlag Einsiedeln, Freiburg 1993, 44.

Los Padres de la Iglesia siempre han visto y destacado esta relación...: el comer y beber sacramental no tiene sentido si no ocurre en la fe y el amor vivos y, por tanto, es signo sobrenatural de la comunión espiritual que se efectúa»¹⁶.

Así pues, para Hans Urs von Balthasar vivir de la Eucaristía es inseparable de vivir de la contemplación que comulga con la Palabra divina.

«Los laicos, que en la libertad de la oración contemplativa hacen que esta vida de Dios profundamente anclada en ellos se convierta en su propia luz, testimonian en general más comprensión y más libertad espiritual que los que, para participar más continuamente en la liturgia eclesial, irrumpen en la forma de vida y oración de los sacerdotes y los monjes y, por ejemplo, asumen las horas litúrgicas de la Iglesia parcial o completamente. Esto puede ser recomendable por excepción, pero la mayor parte de las veces sigue siendo un malentendido. Por el contrario, el encuentro con la Palabra de Dios en la contemplación, para todos los que puedan hacerla, es el camino normal para desarrollar en sí los tesoros de la vida sacramental y especialmente para convertirse en modo existencial en cristianos que se acerquen a los sacramentos con más fruto... Esta disposición, que es la fe viva, no es otra cosa, una vez más, que la disponibilidad y receptividad para la palabra de Dios en nuestra vida, para la verdad y doctrina que reside en el sacramento... Disposición es algo existencial y personal y se vuelve por eso a lo divino-personal y existencial en el sacramento y la liturgia. La disposición se refiere a la palabra en el ser, a la luz en la vida, a la revelación y la exigencia que hay en ella en la gracia. No hay una disposición para la gracia abstracta en general y para el sacramento en particular que se abstraiga de lo personal, y por eso toda recepción de gracia eclesial incluye una elemental escucha de la palabra. De la palabra que está en este sacramento, pero que no es otra sino la única Palabra total e indivisible del Padre, Cristo»¹⁷.

Vivir de fe, como nos pide la Escritura, es vivir del Señor, en primer lugar mediante la contemplación del Señor en sus misterios.

3. Abatir los bastiones o la fuerza del amor que viene de arriba

Abatir los bastiones es el título de un libro de Hans Urs von Balthasar publicado por primera vez en 1952. Su título «suena quizás demasiado provocativo, porque el contenido no es otro que la afirmación de que la Iglesia no debe permanecer atrincherada respecto del mundo»¹⁸. Sin embargo, «abatimiento de los bastiones erigidos contra Dios» es, según Pablo, “hacer prisionero todo pensamiento en y para la obediencia de Cristo” (2 Cor 10, 5)»¹⁹. En el libro se trataba sobre todo los bastiones erigidos entre la Iglesia y el mundo durante los últimos siglos. La cultura eclesiástica y la cultura profana se habían ido separando hasta formar esferas separadas con poco contacto. La agresividad del mundo contra el cristianismo y la peligrosidad para la fe del pensamiento moderno,

¹⁶ *Das betrachtende Gebet*, Johannes Verlag Einsiedeln, Einsiedeln 1965, 103-105.

¹⁷ *Ibid.*, 106.

¹⁸ *Zu seinem Werk*, Johannes Verlag Einsiedeln, Freiburg² 2000, 38.

¹⁹ *Glaubhaft ist nur die Liebe*, 37 n 1.

habían hecho surgir en la Iglesia una sospecha grande respecto de la ciencia y la política modernas y una consiguiente actitud defensiva.

Sin juzgar las decisiones tomadas en ese tiempo, había llegado la hora, piensa Balthasar, y el Concilio Vaticano II lo confirmaría, de salir de tal situación. En palabras de Benedicto XVI, «el Concilio debía determinar de modo nuevo la relación entre la Iglesia y la edad moderna»²⁰. Ya antes Pablo VI había descrito el evento conciliar con palabras alusivas a esta cuestión, palabras el Papa Francisco ha repetido más de una vez:

«El humanismo secular profano finalmente apareció en su terrible estatura y en un cierto sentido desafió al Concilio. La religión del Dios que se hizo hombre se encontró con la religión del hombre que se hace Dios. ¿Qué sucedió? ¿Una lucha, una batalla, una condena? Podría haber sido así, pero no sucedió. La antigua historia del samaritano fue el paradigma de la espiritualidad del Concilio. Un sentimiento de simpatía sin límites lo impregnó todo»²¹.

Tanto estos dos Papas como nuestro teólogo saben que la simpatía de que se habla no consiste en una falta de discernimiento y ni de crítica al mundo. Podríamos expresarlo así: la crítica del mundo propia del cristiano es una afirmación del mundo desde la caridad de Cristo. Esta es la “profecía del laico”, nos gustaría decir. De modo que la Iglesia, y el laico en particular, porque vive de modo especial en la frontera de la Iglesia y el mundo, no puede vivir del resentimiento contra el mundo. El cristiano tiene que amar el mundo, aunque no pueda confiar en el mundo, sino solo en Dios (Chesterton).

El libro *Abatir los bastiones*, nos dice su autor, tiene su «complemento positivo y constructivo»²² en otro de 1963, *Solo el amor es creíble*. En el capítulo “El amor como luz del mundo”, se nos dice:

«El amor cristiano no es la palabra –tampoco la última palabra– del mundo sobre sí mismo, sino la concluyente palabra de Dios sobre sí mismo y con ello también sobre el mundo. En la cruz hay primeramente algo que contraría la palabra del mundo por parte de una palabra completamente diferente, que el mundo no quiere oír a ningún precio... Pero la vida del mundo, que quiere vivir antes de morir, no encuentra en sí ninguna esperanza de eternizar lo temporal (a no ser en construcciones desesperanzadas). La palabra de Dios en Jesucristo aporta inesperadamente la única esperanza, imposible de conjeturar y más allá de todas las construcciones posibles del mundo, a esta voluntad de vivir propia del mundo»²³.

4. Don Quijote de La Mancha como santo patrono de la actividad del cristiano o el realismo cristiano en la realidad del mundo

Esta elección de un santo patrono de la actividad cristiana en el mundo es consecuencia de lo anterior. Si la tarea cristiana es en todo caso amor, y el laico no tiene una tarea cristiana por enrolarse en algún grupo o por colaborar en la parroquia, sino por ser cristiano, hay que amar a

²⁰ Discurso a la Curia Romana del 22 de diciembre de 2005.

²¹ Cit. por José A. Martínez Puche OP, “Introducción” a Pablo VI, Escritos esenciales, Madrid 2014, XXXI.

²² *Glaubhaft ist nur die Liebe*, 7.

²³ *Ibid.*, 92.

toda costa, muchas veces frente a la incompreensión de este mundo y ante sus burlas. Aquí el héroe de Miguel de Cervantes, con ese alcance de la realidad propio de la poesía, se convierte en intérprete de la vida cristiana, según Hans Urs von Balthasar:

«La locura de Don Quijote es la cancelación de la abismal separación entre la “idealidad” de la gracia salvadora de Dios en Cristo, y la “realidad” de las obras de los cristianos, que supuestamente transforman el mundo; el abismo que Don Quijote ve superado en su fe “simple” y en su acción bienintencionada, se hace precisamente patente para cualquiera ante su destino y su (mal) resultado. Don Quijote deviene así el santo patrono del hacer católico, más aún, él mismo es una pieza de la dogmática descuidada por los teólogos, que desde el lado católico sólo se puede captar con y mediante el humor, mientras que Lutero intentó expresarlo trágicamente en la dialéctica de contradicción de la “sola fide” y del “simul iustus et peccator”»²⁴.

La contradicción permanente entre la fe y el odio del mundo, que lleva a Lutero a una seriedad y pesimismo sobre el mundo, con muchos motivos que parecerían justificarlo, a Cervantes le lleva al buen humor.

Las obras del amor, y todas las del cristiano intentan serlo, tienen una medida que no es de este mundo, sino en el Señor: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos unos a otros; como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. Vuestro amor mutuo será el distintivo por el que todo el mundo os reconocerá como discípulos míos» (Jn 13, 34).

Ahora bien, si es inevitable que el mundo no comprenda bien el primado y la fuerza de la decisión de una caridad que no cede su puesto, no por eso es menos claro el mandamiento. La misión cristiana en el mundo es la de poner amor en un mundo que limita los espacios del amor por muchos intereses que ajenos al amor. Además, el lazo de amistad básica que une a los hombres (Aristóteles), no es lo suficientemente fuerte. Allí es donde la fraternidad cristiana puede y debe incidir, y mostrarse hermanos entre los hombres que parece que quieren ser jueces de los demás. Vale siempre la palabra de San Juan de la Cruz: «donde no hay amor, ponga amor y sacará amor».

Aquí es donde hay que escoger entre una crítica del mundo humanamente justa, y un buen humor cristianamente más justo, porque nace de la fe que cree en el triunfo definitivo y final del amor. Solo que este triunfo, hay que aclararlo, acontece no solo en la eternidad, porque todo encuentro con el prójimo en la fe es la parusía:

«Actuando a partir de la acción de Dios, el creyente no puede sino actuar en vista de ella, y su hacer es esencialmente escatológico o (puesto que la palabra ha sido sobrecargada) parusial. Como cristiano, él actúa necesariamente teniendo a la vista el reaparecer de Cristo en la “gloria” del amor que ha sido revelado, y que todo lo juzga y todo lo eleva según el final (intemporal) de la cadena de todas las acciones temporales... Por eso el “más pequeño” encuentro, o el encuentro con “el más pequeño”, queda situado en la seriedad del juicio. Si Cristo ha llevado y ha disculpado a este más pequeño, entonces yo lo puedo contemplar, con fe en el amor, según la imagen de lo que él es a los ojos del Padre celestial»²⁵.

²⁴ *Herrlichkeit. Eine theologische Ästhetik. III I. Im Raum der Metaphysik. 2. Neuzeit*, Johannes Verlag Einsiedeln, Einsiedeln² 1965, 519.

²⁵ *Glaubhaft ist nur die Liebe*, 92.

Esta es la forma de pensar y sentir del cristiano en el tiempo: hoy acontece el amor eterno y amar es hacer presente la situación eternizada en el cielo, porque el amor, por el misterio pascual acontecido en Cristo, es la última palabra sobre cada hombre.

5. Ser monjes en el mundo
o la vida en el mundo de quien es solo de Dios

Para Hans Urs von Balthasar, abatir los bastiones para ir al mundo con el amor cristiano se podría quedar en mero «discurso literario... El misterio que parte de Juan e Ignacio y como servicio y misión dentro de la Iglesia, pero expresamente debe ser vivido, como hasta ahora, en el mundo, deviene aquí el *ideal del cristiano*: en medio del mundo, sin abandonar su puesto, seguir *los consejos de Jesús*»²⁶.

Piensa nuestro autor en que la «radicalidad del Evangelio en las condiciones particulares de nuestro tiempo»²⁷ requiere una forma de vida religiosa nueva, que ilumine a toda la Iglesia, especialmente a los laicos. Si durante siglos los monasterios han sido «la ciudad en lo alto de un monte» que ilumina a todos los que viven en el valle, y si con el paso del tiempo de la Iglesia el Espíritu Santo ha suscitado las órdenes religiosas cuyos miembros salen del monasterio al mundo, en nuestro tiempo quiere suscitar una presencia de esta forma de vida que no solo salga de la clausura para el apostolado en el mundo, sino que viva en el mundo.

Como fundador de un Instituto secular, con Adrienne von Speyr, siempre pensó y trabajó por estas comunidades en el mundo que tienen por misión el amor: «De acuerdo con su plan trinitario del mundo, Dios merece más amor que el que el mundo le da; también los hombres... necesitan más amor que el reciben del mundo. Nuestra comunidad quisiera hallar su lugar allí donde ambas necesidades se encuentran»²⁸.

²⁶ *Zu seinem Werk*, 38.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Constituciones de la Comunidad San Juan*, n. 13.